

LA TAREA DE ISAÍAS*

Albert Jay Nock

Una tarde del otoño pasado estuve escuchando durante varias horas a un europeo a quien conozco mientras exponía una doctrina político-económica que me pareció tan sólida y perfecta que no pude encontrarle ningún defecto. Al terminar me dijo, con gran seriedad: "Tengo una misión que cumplir. Creo que he sido llamado para llegar a los oídos del pueblo. Dedicaré lo que me quede de vida a difundir mi doctrina entre las masas. ¿Qué piensa usted?"

Esta pregunta resulta embarazosa en cualquier circunstancia, y más aun en aquella en la que yo me encontraba, porque mi interlocutor era un verdadero erudito, una de las tres o cuatro mentes preclaras que Europa produjo en su generación, y yo, uno de los ignorantes, me inclinaba a considerar cada una de sus palabras con admiración rayana en la reverencia. No obstante, reflexioné, es posible que ni el intelecto más lúcido pueda saberlo todo, y estaba bastante seguro de que él no había tenido las oportunidades que yo tuve de observar a las masas; en consecuencia, probablemente las conociera mejor que él. Entonces, me armé de coraje y le respondí que no tenía esa misión y que lo mejor que podía hacer era desechar inmediatamente esa idea; pronto se daría cuenta de que las masas no darían un centavo por su doctrina y menos aun por él, ya que en tales circunstancias el favorito

* Trabajo publicado originalmente en *Free Speech and Plain Language* (1937). Reproducimos la expresión *Remnant* sin traducirla dado que, estrictamente, su significado no puede escribirse en una sola palabra y debido a que el autor define ese término en el cuerpo del texto. Nock era profesor de Historia en la Universidad de Columbia.

del pueblo era casi siempre alguien por el estilo de Barrabás. Llegué a decirle (él es judío) que su idea parecía demostrar que no conocía muy bien la literatura de su propio pueblo. Mi broma lo hizo sonreír y me preguntó qué quería decir con eso; entonces le conté la historia del profeta Isaías.

Se me ocurrió que valía la pena recordar esa historia precisamente ahora, cuando tantos hombres doctos e iluminados parecen haber sido depositarios de un mensaje dirigido a las masas. El Dr. Townsend tiene un mensaje, así como el padre Coughlin; Upton Sinclair y Lippmann también, así como Chase y la hermandad de la economía planificada, Tugwell y los partidarios del New Deal, Smith y los miembros de la Liga de la Libertad; la lista es interminable. No recuerdo que haya habido otra época en la cual tantos energúmenos hayan proclamado la Palabra a las multitudes y de tan diversas maneras, revelándoles lo que tienen que hacer para salvarse. Siendo así, se me ocurrió, como dije, que en la historia de Isaías podía haber algo que trajera calma y sosiego al espíritu humano hasta que hubiese pasado toda esta verborragia tiránica. Voy a parafrasearla en el lenguaje común, ya que proviene de varias fuentes, y puesto que respetables eruditos han considerado adecuado publicar una nueva versión de la Biblia en nuestra lengua vernácula, buscaré su amparo, si es necesario, en el caso de que se me acuse de tratar con irreverencia las Sagradas Escrituras.

I

La carrera del profeta comenzó a fines del reinado de Osías, alrededor de 740 a. C. Este reinado fue inusualmente prolongado, ya que duró casi medio siglo, y al parecer, próspero. Uno de esos reinados prósperos como el de Marco Aurelio en Roma, o como la administración de Eubulo en Atenas, o la de Coolidge en Washington, a cuyo fin la prosperidad termina y todo se va a pique con un estrépito colosal. En el año en que murió Osías, el Señor comisionó al profeta para que fuera a advertir al pueblo que muy pronto Su cólera caería sobre ellos. “Diles que son un hato de inservibles”, le dijo. “Diles qué es lo que están haciendo mal y por qué, y lo que va a ocurrirles a menos que cambien de actitud y se corrijan. No te andes con rodeos. Aclárales que ésta es su última oportunidad. Dale duro y parejo, sin tregua. Pero supongo que debo decirte”, agregó Él, “que no servirá

de nada. La clase gobernante y la *intelligentsia* te mirarán con desprecio, y las masas ni siquiera te escucharán. Todos seguirán haciendo lo que les dé la gana hasta que provoquen su propia destrucción, y tendrás suerte si puedes salir con vida”.

Isaías estaba muy deseoso de emprender su tarea; es más, había pedido a Dios que le permitiera llevarla a cabo; pero semejante perspectiva daba un nuevo cariz a la situación. Planteó, pues, la pregunta obvia: si la empresa estaba destinada al fracaso desde el comienzo, ¿qué sentido tenía iniciarla? “Ah”, dijo el Señor, “veo que no has comprendido. Hay allí un *Remnant* del cual no sabes nada. Son humildes, desorganizados, incapaces de expresarse; cada uno se las arregla lo mejor que puede. Necesitan que se los anime y se los fortalezca, porque cuando todo haya quedado reducido a ruinas, ellos serán los únicos que volverán y construirán una nueva sociedad, y mientras tanto, tu prédica los tranquilizará y les dará confianza. Tu tarea consiste en cuidar del *Remnant*, de modo que vete ya y comienza”.

II

Aparentemente, pues, si la palabra del Señor es digna de crédito —no emitiré opinión al respecto—, el único elemento de la sociedad de Judea del que valía la pena preocuparse era el *Remnant*. Por fin Isaías pareció comprender que era así; que nada cabía esperar de las masas y que, si alguna vez se hiciera algo sustancial en Judea, el *Remnant* tendría que hacerlo. Ésta es una idea impresionante y sugestiva, en verdad, pero antes de seguir analizándola, es preciso aclarar totalmente los términos. ¿Qué se entiende aquí por las masas y qué por el *Remnant*?

Tal como se la usa comúnmente, la palabra *masas* sugiere aglomeraciones de personas pobres y carentes de privilegios, gente trabajadora, proletarios, pero no significa eso en absoluto; simplemente significa la mayoría. El hombre-masa es el que no tiene la fuerza intelectual para aprehender los principios que resultan en lo que conocemos como la vida humana, ni la fuerza de carácter para adherir firme y estrictamente a esos principios como normas de conducta; y como esas personas constituyen la abrumadora mayoría de la humanidad, se las conoce colectivamente como *las masas*. Lo que traza invariablemente la línea demarcatoria entre las masas y el

Remnant es la calidad, no la circunstancia. El *Remnant* está formado por aquellos que por la fuerza de su intelecto son capaces de aprehender esos principios, y por la fuerza de su carácter pueden, al menos de modo mensurable, ser fieles a ellos; las masas están integradas por los que no pueden hacer ninguna de las dos cosas.

El cuadro que pinta Isaías de las masas de Judea es extremadamente desfavorable. En su descripción, el hombre-masa, sea encumbrado o humilde, rico o pobre, príncipe o mendigo, queda muy malparado. No sólo aparece como pobre de espíritu y débil de voluntad sino también, y como consecuencia de ello, canalla, arrogante, mezquino, disoluto, amoral e inescrupuloso. La mujer-masa le merece una opinión semejante, ya que comparte con el hombre-masa las mismas características desagradables y tiene además otras que le son propias, como vanidad, indolencia, extravagancia e indiferencia. Es interesante la lista de artículos de lujo que adquieren esas mujeres;¹ hace recordar la página femenina de un periódico dominical de 1928, o la ostentación típica de algunas revistas supuestamente “elegantes”. En otro pasaje,² Isaías incluso describe el modo como se contonean al andar. Tal vez la vehemencia con que se expresa se deba en parte a su fervor profético; después de todo, como su verdadera tarea no era lograr la conversión de las masas, sino fortalecer y tranquilizar al *Remnant*, probablemente pensó que podía vapulearlas en forma indiscriminada y exagerar tanto como quisiera (que, en realidad, eso era lo que se esperaba de él). Pero incluso así, el hombre-masa de Judea debe de haber sido un individuo muy censurable, y la mujer-masa, absolutamente detestable.

Puesto que el espíritu moderno, cualquiera que éste sea, es renuente a tomar la palabra de Dios por su valor nominal (como parece ser el caso), podemos observar que el testimonio de Isaías acerca del carácter de las masas cuenta con un importante apoyo colateral, como es el de respetables autoridades gentiles. Platón, que vivió bajo el gobierno de Eubulo, cuando Atenas estaba en la plenitud de su florecimiento, hablaba de las masas atenienses con un ardor muy semejante al de Isaías, aunque las comparaba con un hato de bestias salvajes rapaces. También, curiosamente, designaba a la mejor parte de la sociedad ateniense con la misma palabra usada por Isaías: *Remnant*; “no hay

¹ Isaías 3:18-23.

² *Ibíd.*, 3-16.

sino un *Remnant* muy pequeño”, decía, de aquellos que poseen una fuerza redentora de intelecto y de carácter; demasiado pequeño, tal como en Judea, como para contrarrestar la preponderancia de las masas, ignorantes y viciosas.

Pero Isaías era un predicador y Platón, un filósofo, y tendemos a considerar a predicadores y filósofos como observadores pasivos del drama de la vida, más que como a participantes activos. Por lo tanto, en asuntos de esta naturaleza puede presumirse que su juicio es algo intransigente y mordaz, o, como dirían los franceses, *saugrenu*. Por lo tanto, debemos recurrir al testimonio de otro testigo que fue predominantemente un hombre de empresa y cuyo parecer está libre de esta sospecha. Marco Aurelio fue la cabeza del mayor de los imperios, y en su carácter de tal no sólo pudo observar al hombre-masa romano sino que también lo tuvo en su poder las veinticuatro horas del día durante dieciocho años. Lo que no supiera de él no merecía saberse, y de lo que pensaba acerca de él hay abundantes pruebas en casi todas las páginas del pequeño libro de notas que garrapateaba informalmente día a día y que no estaba destinado a ser leído jamás por nadie más que por él.

Su opinión acerca de las masas es la misma que prevalece ampliamente entre las antiguas autoridades cuyas obras han llegado a nosotros. Sin embargo, en el siglo XVIII algunos filósofos europeos difundieron la idea de que el hombre-masa, en su estado natural, no es en absoluto la clase de persona que describieron las autoridades de la antigüedad sino que, por el contrario, es respetable y digno de interés. Su contumacia es efecto de la acción del medio, un efecto del cual la “sociedad” es de algún modo responsable. Si el medio que lo rodea le permitiera vivir de acuerdo con sus mejores facultades, sin duda podría demostrarse que es una buena persona, y la mejor manera de garantizarle un medio más favorable sería dejar que lo ordenara por sí mismo. La Revolución Francesa se convirtió en un poderoso trampolín para esta idea, proyectando su influencia a través de Europa en todas direcciones.

A este lado del océano, un nuevo continente aguardaba, listo para un experimento en gran escala con esta teoría. Proporcionó todos los recursos imaginables, por medio de los cuales las masas podrían desarrollar una civilización hecha a su propia imagen y semejanza. Aquí no existía la fuerza de la tradición que perturbara su hegemonía o las comparara despreciativamente con el *Remnant*. Inmensas

riquezas naturales, un predominio incuestionado, virtual aislamiento, libertad de las interferencias externas y temor ante ellas, y, por último, ciento cincuenta años de tiempo: tales eran las ventajas con que contaba el hombre-masa para dar a luz una civilización que invalidaría la creencia de los antiguos predicadores y filósofos según la cual nada sustancial podría esperarse de las masas, sino únicamente del *Remnant*.

Los resultados fueron lamentables. Creo que, sobre la base de la evidencia proporcionada hasta ahora, debemos decir que la concepción del hombre-masa acerca de lo que la vida puede ofrecer, y su elección en cuanto a qué pedirle, son tales como eran en los tiempos de Isaías y Platón; y también lo son los catastróficos conflictos y convulsiones sociales en que lo ha envuelto su visión de la vida y lo que pretende de ella. Sin embargo, no quiero extenderme más acerca de esto sino sólo observar que, aparentemente, la importancia monstruosamente exagerada que se ha dado a las masas ha hecho que los profetas modernos desecharan todo pensamiento acerca de una posible misión del *Remnant*. Obviamente, esto es tal como debería ser en el caso de que los profetas y los filósofos antiguos hubiesen estado realmente equivocados y la esperanza última de la raza humana estuviera centrada en las masas. Si, por otra parte, creemos que el Señor, Isaías, Platón y Marco Aurelio tenían razón en cuanto a la estimación del valor social relativo de las masas y del *Remnant*, la cuestión es un tanto diferente. Además, puesto que pese a tenerlo todo en su favor las masas han dado hasta ahora una impresión tan desalentadora de sí mismas, parecería muy conveniente reabrir el tema en cuestión entre las dos corrientes de opinión.

III

Pero, sin continuar con esta sugerencia, sólo quiero, como ya dije, destacar el hecho de que, tal como están las cosas, la tarea de Isaías parece haberse convertido en la tarea de todos. Como mi respetable amigo europeo, todos los que hoy en día tienen un mensaje están ansiosos por transmitírselo a las masas. Todo lo que les interesa es la aceptación y la aprobación de las masas. Su mayor preocupación es enunciar su doctrina de modo que atrape la atención y el interés de aquéllas. Semejante actitud hacia las masas es tan exclusiva, tan devota, que nos recuerda el caso del monstruo troglodita descripto

por Platón y la multitud que permanecía a la entrada de su cueva, intentando aplacarlo y ganar su favor a fuerza de obsequiosidades, tratando de interpretar los sonidos inarticulados que profería y de descubrir cuáles eran sus deseos, ansiosa de ofrecerle todo tipo de cosas que pudieran agradecerle.

Lo más preocupante de todo es su reacción ante la misión en sí misma. Ésta requiere una sofisticación oportunista de la propia doctrina que altera profundamente su carácter y la reduce a un mero placebo. Un predicador intentará atraer a una congregación tan numerosa como sea posible, lo que significa llamar su atención, y esto a su vez significa adaptar los términos de su mensaje al tipo de intelecto y carácter que manifiestan las masas. Un educador, por ejemplo, a cargo de un colegio, querrá tener la mayor cantidad de alumnos, para lo cual disminuirá sus requerimientos en consecuencia. Un escritor aspirará a llegar al mayor número de lectores; un editor querrá tener muchos compradores; un filósofo, muchos discípulos; un reformador, gran número de conversos; un músico, muchos oyentes, y así sucesivamente. Pero, tal como hemos visto en todas partes, en la realización de estos diversos deseos, el mensaje profético está tan seriamente adulterado por trivialidades en cada una de sus instancias que sólo logra endurecer a las masas, reforzar su conducta pecaminosa; y mientras tanto el *Remnant*, que advierte esta adulteración y los deseos que la inspiran, vuelve la espalda al profeta y no quiere saber nada de él ni de su mensaje.

La tarea de Isafías, por otra parte, no estaba afectada por estas discapacidades. Predicaba a las masas, pero sólo en el sentido de que hablaba en público. El que quería escucharlo, podía hacerlo; el que no, era libre para seguir su camino. Sabía que el *Remnant* lo escucharía, y como sabía también que nada podía esperarse de las masas, en ninguna circunstancia, no se dirigía específicamente a ellas ni adecuaba su mensaje en modo alguno a su capacidad de comprensión ni le importaba un comino que le prestaran atención o no. Tal como diría un editor en nuestros días, no lo preocupaban la circulación ni la publicidad. En consecuencia, libre de todas esas obsesiones, podía dar lo mejor de sí sin temor ni concesiones, sólo responsable ante su augusto Señor.

Si un profeta no fuera tan escrupuloso en cuanto a ganar dinero con su misión o a obtener cierta dudosa notoriedad como resultado de ella, las consideraciones precedentes podrían llevarnos a decir que

el servicio del *Remnant* parece ser un buen empleo. Una asignación a la cual uno pueda dedicar realmente sus mejores esfuerzos y hacer lo mejor que le sea posible sin pensar en los resultados es una verdadera tarea; en cambio, servir a las masas es, a lo sumo, una tarea a medias, si se consideran las inexorables condiciones que éstas imponen a sus servidores. Les pedirán que les den lo que desean, insistirán en ello y no aceptarán otra cosa; es muy tedioso satisfacer sus caprichos, sus irracionales cambios de ideas, sus arranques de cólera, para no mencionar el hecho de que lo que desean en cualquier momento prácticamente no requiere las dotes propias del profeta. El *Remnant*, por el contrario, sólo desea lo mejor que éste pueda ofrecerle, sea lo que fuere. Si se lo da, estará satisfecho y el profeta podrá dejar de preocuparse. El profeta de las masas norteamericanas debe apuntar conscientemente al común denominador más bajo, en cuanto a intelecto, preferencia y carácter, de 120 millones de personas, y ésta es una tarea muy penosa. El profeta del *Remnant*, por el contrario, se encuentra en la envidiable posición de Haydn en casa del príncipe Esterhazy. Todo cuanto tenía que hacer era producir la mejor música de que fuera capaz, sabiendo que sería comprendido y apreciado por aquellos a quienes estaba dedicada, sin preocuparse en absoluto por lo que cualquiera pudiese pensar de ella; ésta es una buena tarea.

Sin embargo, como dije, en cierto sentido no es una tarea remunerativa. Si se desea agradar a las masas y se posee la sagacidad de estar siempre un paso más allá de sus caprichos y vacilaciones, su servicio puede procurar importantes ganancias monetarias, así como los beneficios de una notoriedad popular:

Digito monstrari et dicier, Hic est!

Todos conocemos innumerables políticos, periodistas, dramaturgos, novelistas, etc., que se han manejado muy bien de esta manera. Por el contrario, aquellos que se preocupan por el *Remnant* no pueden esperar recompensas de este tipo. Un profeta del *Remnant* no podrá obtener grandes beneficios económicos con su trabajo, y es posible que tampoco gane renombre. En este aspecto el caso de Isaías fue excepcional, y si bien hay otros, no son muchos.

Entonces, se podría pensar que, aunque dedicarse al cuidado del *Remnant* es sin duda una buena tarea, no es especialmente interesante porque por lo general está muy mal retribuida. Sobre esto tengo mis

dudas. Además del dinero y la notoriedad, una tarea tiene otras compensaciones, y algunas de ellas parecen lo bastante sustanciales como para resultar atractivas. Muchas tareas mal pagadas son sin embargo profundamente interesantes; por ejemplo, la del estudiante investigador en las ciencias; y la tarea de cuidar del *Remnant* me parece, después de haberla estudiado durante muchos años, tan interesante como cualquier otra.

IV

Creo que lo que le confiere tal interés es sobre todo el hecho de que en cualquier sociedad el *Remnant* es una cantidad en gran medida desconocida. No se conocen, y nunca se conocerán, más de dos cosas acerca de ella. De estas cosas se puede estar seguro, pero jamás se podrá hacer ni siquiera una conjetura sobre ninguna otra. No se sabe, y nunca se sabrá, quiénes integran el *Remnant*, dónde están, cuántos son, qué están haciendo o qué harán. Sólo se saben dos cosas: la primera, que existen; la segunda, que nos encontrarán. Excepto por estas dos certezas, trabajar para el *Remnant* significa trabajar en una oscuridad impenetrable; yo diría que ésta es precisamente la condición calculada de modo más efectivo para excitar el interés de cualquier profeta que haya sido dotado de la imaginación, la perspicacia y la curiosidad intelectual necesarias para llevar a buen término su tarea.

Lo que fascina y a la vez desalienta al historiador que estudia la Judea de los tiempos de Isaías, la Atenas de Platón o la Roma de los Antoninos es la esperanza de descubrir y revelar "el sustrato de pensamiento correcto y buena conducta" que él sabe que debe haber existido en alguna parte en esas sociedades, porque de otro modo no habría sido posible ninguna forma de vida colectiva. Encuentra aquí y allá, en muchos lugares, tentadores indicios: en la Antología Griega, en el álbum de recortes de Aulo Gelio, en los poemas de Ausonio y en el breve y conmovedor tributo *Bene merenti* rendido a los desconocidos ocupantes de las tumbas romanas, pero son vagos y fragmentarios. No lo conducen a ninguna parte en su búsqueda de algún tipo de medida de ese sustrato; apenas testimonian aquello que ya sabía *a priori*, que el sustrato existió en alguna parte. Nada le dicen acerca de dónde estaba, cuán sustancial era, cuáles eran su energía y su capacidad de resistencia.

En lo que respecta a todo esto, el profeta del presente sabe exactamente tanto y tan poco como el historiador del futuro; y, repito, esto es lo que hace que su trabajo me parezca tan profundamente interesante. Uno de los episodios más sugestivos narrados en la Biblia es el de un profeta que trató de contar al *Remnant* —creo que es la única tentativa de que se tenga memoria—. Elías había huido al desierto para escapar de sus perseguidores, pero el Señor lo alcanzó y le preguntó qué estaba haciendo allí, tan lejos de la tarea que debía cumplir. Le respondió que había huido pero no por cobardía, sino porque todos los que constituían el *Remnant* habían sido exterminados, excepto él. Sólo había podido escapar a duras penas y, puesto que ahora era todo cuanto quedaba del *Remnant*, si lo mataran la Verdadera Fe sería aplastada. El Señor le contestó que no debía preocuparse por eso, porque aun sin él la Verdadera Fe probablemente se las arreglaría para emerger de algún modo, si tuviera que hacerlo; “y en lo que respecta a tus cálculos acerca del *Remnant*”, dijo Él, “no tengo inconveniente en decirte que han regresado a Israel siete mil de ellos de cuya existencia al parecer no te has enterado; pero puedes creer en Mi palabra, allí están”.

De manera similar, cuando de aquí a dos mil años, o a doscientos años, el historiador busque los testimonios disponibles sobre la naturaleza de nuestra civilización y trate de hallar cualquier tipo de evidencia acerca del sustrato de pensamiento correcto y buena conducta que sabe que debe haber existido, le resultará muy difícil encontrarla. Cuando haya reunido todo lo que pueda conseguir y haya tomado en consideración, siquiera mínimamente, lo engañoso de las apariencias, la vaguedad y la confusión de las motivaciones, deberá reconocer tristemente que el resultado equivale a cero. Sabe con certeza que hubo un *Remnant*, que construyó un sustrato, pero no encontrará nada que le dé la pista de quiénes y cuántos fueron, dónde estuvieron y cuál fue su trabajo.

En los tiempos de Elías la población de Israel puede haber sido a lo sumo de un millón de personas, aproximadamente, y un *Remnant* de siete mil en un millón es un porcentaje muy alentador para cualquier profeta. Si había siete mil almas de su lado, Elías no tenía demasiados motivos para sentirse solo; y, entre paréntesis, esto es algo en lo que debería pensar el moderno profeta del *Remnant* cuando se siente melancólico. Pero el punto principal es que si el profeta Elías no pudo hacer una estimación más exacta del número de integrantes del

Remnant que la que hizo cuando se equivocó por siete mil, cualquiera que aborde el problema sólo conseguirá perder el tiempo.

La otra certeza que siempre debe tener el profeta del *Remnant* es que éste lo encontrará. Debe estar absolutamente seguro de ello. Lo encontrará sin que haga nada para lograrlo; en realidad, si trata de hacer algo, lo más probable es que acabe por disuadirlo. No es necesario que ponga anuncios en los periódicos o recurra a algún tipo de publicidad para llamar su atención. Si es un predicador o un orador, por ejemplo, deberían serle totalmente indiferentes la asistencia a *shows* o recepciones, o la aparición de su fotografía en los diarios, o la entrega de material autobiográfico para su publicación en las columnas de "interés humano". Si es escritor, no tiene que considerar obligatoria la concurrencia a recepciones formales, la firma de libros a diestra y siniestra o la aparente confraternidad con los críticos. Todas estas cosas, y muchas más por el estilo, forman parte de la rutina regular y necesaria que observa el profeta de las masas, de la gran técnica general para captar la atención del hombre-masa. El profeta del *Remnant* no está limitado al uso de esta técnica. Puede estar totalmente seguro de que el *Remnant* llegará hasta él sin ayuda de medios adventicios; no sólo eso, sino que si descubren que los usa, es seguro que sus integrantes sospecharán y se apartarán de él.

Sin embargo, la certeza de que el *Remnant* lo encontrará deja al profeta tan a oscuras como siempre, tan impotente como siempre en lo que respecta a hacer algún tipo de estimación acerca del *Remnant*, porque, como queda demostrado en el caso de Elías, ignora quiénes son los que lo han encontrado, dónde están o cuántos son. No le mandan cartas para decírselo, como hacen los admiradores de las estrellas de Hollywood, ni lo buscan para unirse a él. No son ese tipo de personas. Aceptan su mensaje de modo muy semejante a como los conductores aceptan las direcciones que marca un indicador de señales situado al borde de una ruta; es decir, no piensan mucho en el indicador de señales, excepto porque se alegran de que esté colocado allí, pero sí piensan muy seriamente en las direcciones.

Esta actitud impersonal del *Remnant* hace que aumente muchísimo el interés de su tarea para un profeta imaginativo. De vez en cuando, con la frecuencia suficiente como para que su curiosidad intelectual se mantenga bien activa, se encontrará en forma totalmente accidental con una clara reflexión sobre su propio mensaje en un lugar insospechado; y esto le permitirá, en sus ratos de ocio, entretenerse en

agradables especulaciones acerca del curso que puede haber seguido su mensaje hasta alcanzar ese lugar en particular, y qué resultó de él después. Los casos más interesantes serían, si uno pudiera seguir su curso (pero siempre hay que contentarse con especular acerca de ellos), aquellos en los cuales el propio receptor no sabe ya dónde, cuándo o de quién recibió el mensaje; o incluso, como ocurre a veces, ha olvidado que lo recibió en algún lugar e imagina que la idea es producto de su propia mente.

Es probable que casos como éstos no sean infrecuentes, porque, sin presumir que formamos parte del *Remnant*, sin duda todos podemos recordar oportunidades en que súbitamente nos sentimos influidos por una idea cuyo origen probablemente no pudimos identificar. "Surgió después", decimos; o sea que sólo tomamos conciencia de ella después de que estuvo madura en nuestras mentes, dejándonos en la más completa ignorancia en cuanto a cómo, cuándo y por qué agente fue plantada allí para que germinara. Parece muy probable que a menudo el mensaje del profeta siga un curso como éste en los que forman el *Remnant*.

Veamos, por ejemplo, el caso de un escritor, o de un orador, o de un predicador; cualquiera de ellos puede enunciar una idea que se instala en el *Unbewusstsein* de un miembro cualquiera del *Remnant* y allí queda inmovilizada. Durante algún tiempo es inerte; entonces empieza a agitarse y a exacerbarse hasta que pronto invade la mente consciente del hombre y, por así decirlo, la corrompe. Entretanto, éste ha olvidado por completo como surgió la idea en primera instancia, e incluso tal vez piense que él la generó; y en esas circunstancias, lo más interesante es que nunca se sabrá qué lo llevará a hacer la presión ejercida por esa idea.

V

Por todas estas razones me parece que la tarea de Isaías no sólo es buena sino también extremadamente interesante; sobre todo en nuestra época, cuando nadie la lleva a cabo. Si yo fuera joven y tuviera la idea de dedicarme a la profecía, sin duda alguna me inclinaría por esta rama del negocio; por lo tanto, no vacilo en recomendarla como carrera para cualquiera que esté en esa situación. Ofrece un campo abierto, sin competencia; nuestra civilización descuida y rechaza tan

completamente al *Remnant* que cualquiera que tenga la intención de ponerse a su servicio bien puede contar con que conseguirá todo el trabajo que quiera.

Aun dando por supuesto que existe cierta parte de las masas que debe ser seleccionada y salvada, aun presuponiendo que el testimonio de la historia sobre su valor social es demasiado general, que esto lleva la desesperanza casi al extremo, creo no obstante que se debe percibir que las masas tienen profetas de sobra. Incluso admitiendo, ante lo que dice la historia, que la esperanza de la raza humana puede no estar exclusivamente centrada en el *Remnant*, se puede percibir que éste tiene suficiente valor social como para que se le reconozca el derecho a cierto grado de estímulo y consuelo profético, y que nuestra civilización no le reconoce ninguno. Todas las voces proféticas se dirigen a las masas, y sólo a ellas; la voz de la religión, la voz de la educación, la de la política, la de la literatura, la del teatro, la del periodismo, todas hablan exclusivamente a las masas y las dirigen hacia donde les conviene.

Por lo tanto, podríamos sugerir que quienes aspiran a desarrollar el talento de la profecía deben buscar otro campo. *Sat patriae Priamoque datum*; cualquier obligación de este tipo que se deba a las masas ha sido ya pagada con creces. Siempre que las masas estén ocupando el tabernáculo de Moloch y de Chium, y sus imágenes, y siguiendo la estrella de su dios Buncombe, no les faltarán profetas que les indiquen el camino que conduce a la Vida Más Abundante; por lo tanto, sería mejor que algunos de los que sienten la inspiración profética se dedicaran a servir al *Remnant*. Es una buena tarea, una tarea interesante, mucho más interesante que la de servir a las masas; y además es la única tarea en toda nuestra civilización, por lo menos en mi conocimiento, que ofrece un campo virgen.